

FIN DE UNA TERTULIA

MO he asistido muchos, muchos años a una singular tertulia literaria, en Madrid. A esta gozosa y civil compañía, acaso no volveré más. Porque su razón de ser era una figura humana, de cuyo personal magisterio emanaba aquella suerte de autoridad que se reconoce tácita pero indiscutiblemente. Y esta figura, entre el sobresaltado estupor de todos, se nos ha ido para siempre.

Me refiero a Antonio Rodríguez Moñino, cuyo nombre me cuesta un infinito trabajo estampar orlado de un crespón funeral; tanto trabajo, que he dejado pasar unos días, como para cerciorarme de que era verdad; como no dando crédito a lo que se me dice de su ausencia circunstancial de la Universidad de Berkeley se convertía en definitivo, en irrevocable retorno a esta tierra madrileña a la que había regresado —se nos dijo— agotado por su esfuerzo intelectual. Pero nadie sospechó que se traía la muerte —su temprana muerte— consigo.

No es frase tópica. Creador de cultura desde precocísima edad, Moñino estaba ahora en su espléndido cenit de investigador. Generoso en su sabiduría, su tertulia del café Lyon de Madrid —y en esto radica su singularidad— era amable cónclave al que acudían en consulta especialistas de la literatura española, especialmente los hispanistas extranjeros radicados o de paso en Madrid. Para ello era —apoyado en su fabulosa memoria— el dato preciso, la información bibliográfica el detalle erudito que de él solicitaban, y que él vertía con sencilla y gozosa naturalidad.

Su bibliografía es impresionante, y le llevó a regentar una de las más prestigiosas cátedras de la Universidad de California —toda vez

que la Universidad española (como en tantos otros casos) no supo abrirle sus puertas. Que, en cambio, le abrió la Real Academia Española, en cuyo servicio había publicado, en ediciones intachables, importantes series —inéditas o mal conocidas— de nuestro Romanero.

Su sabiduría era una exigencia ética. Exigía rigor en todo: en el trabajo, en las ediciones, en la amistad. No pasaba por obra mal hecha, ni por ademanes torcidos. Por eso estaba rodeado de tan sólido prestigio profesional, y de tan claro consenso de amistades. Su intransigencia se basaba, podríamos decir, en una exigencia de conducta.

Y no sé qué más decir. Recordar nuestro paralelismo biográfico y el de nuestra vida docente —catedráticos de Instituto en la misma oposición— me llevaría a un mundo de anécdotas que, por fuerza, quedarían minimizadas ante la tremenda, la gigantesca angustia en que nos ha dejado su desaparición. Pero no quiero dejar de recordar, en este momento, que su lúcida y apasionada vigilancia de nuestros tesoros bibliográficos me llevó a pedirle dictamen cuando propuse a la Diputación Provincial la adquisición de la «Biblioteca Teatral Arturo Sedó». Su informe fue, por informativo y entusiasta, decisivo; y es de justicia que yo lo recuerde, como dato importante ahora y aquí.

No. No es probable que vuelva a mi tertulia de tantos años, para no sentir (en el ángulo habitual donde se sentaba junto a José María de Cossío) su ausencia; el vacío de su silueta de fino hidalgo extremeño, mostrándome un manuscrito curioso o una edición difícil por su rareza...

... No es probable que vuelva.

Guillermo DIAZ-PLAJA

De la Real Academia Española

